

LAUDATIO DE RAMÓN SABATÉS

(Por Ángel Olgoso, Proveedor-Propagador)

Serenísimos Sátrapas Trascendentes del Institutum Pataphysicum Granatensis.

Estimados asistentes no patafísicos.

Bienvenidos todos al Segundo Acto Oficial y Público del Post-Desletargamiento del I. P. G., en este caso, la solemnísimas entrega del Primer Premio A. F. Molina al Espíritu Patafísico.

Como todos ustedes saben ya, se ha otorgado el Premio a Ramón Sabatés, candidato postulado al desgaire por el Sátrapa Fernando de Villena y elegido unánimemente por todos los Sátrapas conscientes del evento, entendiendo que hacemos extensivo el premio al inmortal profesor Franz de Copenhage, anfitrión de la sección “Los grandes inventos de TBO”, al autor de la idea y director de TBO, Joaquín Buigas, y a todos los dibujantes que precedieron al prolífico Sabatés, es decir, Tur, Tínez, Muntañola, Serra Massana y Benejam. En el diploma acreditativo del premio se valora al laureado por sus destacados méritos, tanto personales como artísticos y, en especial, por haber contribuido de forma sobresaliente -con su fértil trayectoria tebeística y espectacular capacidad creativa en el ámbito de la ingeniería especulativa- a la expansión de la Ciencia Patafísica. Sea, pues, este premio un acto de justicia, de reconocimiento y de gratitud, y la gozosa oportunidad de reencontrar a uno de los creadores que alegró a varias generaciones de españoles con sus inventos y sus soluciones imaginarias.

Ramón Sabatés, que nació en Barcelona en 1915 y estudió en un colegio de La Salle (lo que le otorga a nuestros ojos una impronta fraternal), además de autor de numerosísimos trabajos en el cómic y en el campo de la ilustración infantil, fue perito

mecánico y diplomado en Botánica Medicinal. “Todos los inventos que dibujé -dijo en más de una ocasión- eran trasladables a la realidad, calculados para funcionar como indicaba mi dibujo, si alguien hubiera querido fabricarlos”. Cosa que él mismo hizo en su taller con varios de sus inventos, emulando sin saberlo al divino Sátrapa, al ingeniero Boris Vian, creador y patentador de la rueda elástica, de la cama-biblioteca o de las Grandes Carreteras Graves.

Hay dos maneras de hacer las cosas: la sencilla y la difícil. Y, además de los patafísicos, existe un número sorprendente de personas que prefiere esta última. Aunque, en un primer momento, pueda pensarse que “Los grandes inventos de TBO” no eran más que sinónimo de complicación gratuita e innecesaria, que mostraban caminos abstrusos para alcanzar resultados obvios o que sus diseños eran muestras de la capacidad humana para desplegar el máximo esfuerzo en pos de mínimos resultados, creemos que los más de mil inventos de Ramón Sabatés desde los años sesenta a los años ochenta, y de sus predecesores -incluyendo al dibujante norteamericano Rube Goldberg- eran toda una reacción creativa contra las utilidades mostrencas y a favor de la vida infinita de los objetos, o lo que es lo mismo, de la excepción patafísica, esa vida objetual que tan poéticamente describieron las obras del mentor de nuestro Premio, el Sátrapa Honorífico y Adelantado Exquisito Antonio Fernández Molina. Como la patafísica, el profesor Franz de Copenhage, de la mano de sus creadores, vincula sus descubrimientos a la singularidad y crea así un universo suplementario al nuestro: nunca a las palancas, a las levas, a las poleas, a los muelles y a los resortes se les había prodigado un uso tan estricto y, por tanto, tan amorosamente patafísico. En palabras de Víctor Amela, los inventos de Ramón Sabatés se mofaban de la línea recta como camino más corto entre dos puntos, apostaban siempre por el camino más largo y alambicado entre un propósito y un objetivo. Baste recordar ejemplos como el sistema

limpio para que los barbudos tomemos sopa, la plataforma que permite encaramar los coches a las farolas cuando hay problemas de tráfico, el paraguas con supletorio para resguardar a la vez a un hombre alto y a otro bajito, las monedas cuadradas para evitar que rueden y se pierdan, el artilugio para que las amas de casa pelen patatas al tiempo que conservan la línea, el procedimiento para descargar mercancías con jirafa, el instrumento para dar la vuelta a las tortillas, el túnel de lavado de niños, el aparato para evitar que las gallinas pierdan los huevos y el que sirve para cortar el melón en partes iguales, el porrón que permite beber sin dejar de trabajar o el andén móvil -su favorito-. “Cuando el tren llegaba a la estación no necesitaba detenerse, porque engranaba el suelo del andén (una especie de cinta transportadora), que avanzaba a la misma velocidad que el tren, para que la gente subiese y bajase sobre la marcha. Y cuando el tren ya había pasado, la cinta se detenía”.

El hecho de que Ramón Sabatés no esté presente hoy aquí no puede interpretarse como signo de desconfianza hacia esta celebración de su inventiva, sino simplemente como evidencia de que la máquina resucitadora en la que con seguridad trabaja, aún no está todo lo perfeccionada que sería de desear. Ruego un cariñoso aplauso para él.